

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¡Bayreuth en Madrid! — Los que recuerden una de mis últimas crónicas y la acogida que el público dispensó a *La Walkyria*, una de las partes más bellas de la tetralogía, no dejarán de notar evidente contradicción entre este hecho y la frialdad y hasta hostilidad que Wagner encontró en nuestras esferas de cultura social más elevada. — Este fenómeno del misoneísmo artístico; la repulsión contra Wagner de los que se han acostumbrado a *Hugonotes* y *La Africana*, había que esperar que se produjese, y estar prevenido, sin temor ni cuidado alguno, en la seguridad de la victoria definitiva. Por todas partes Wagner ha suscitado las mismas protestas, y al cabo ha triunfado, no con el triunfo efímero que proporciona la curiosidad, sino subyugando a las masas con el vigor que lleva en sí, para imponerse, el artista soberano.

No cabe duda, Ricardo Wagner es el último genio que ha producido Alemania — la cual, desde que se ha constituido en imperio, desde que cosechó laureles y cifró su porvenir en la gloria de las batallas, parece haber entrado en un período de esterilidad, agotada por las dos ó tres generaciones magníficas que se sucedieron en ella. — Los genios alemanes á primera vista no son amables, quizás ni aun son inteligibles, para las naciones meridionales. Como el zumo fermentado del lúpulo, amargan á quien los prueba; pero su amargor, á pocas vueltas, se pega al paladar y al alma, haciendo insulsas ó empalagosas otras bebidas. A los genios alemanes les caracterizan dos atributos: la extensión y la profundidad. Tiene su arte la amplitud y contenido rico y jugosamente intelectual de su idioma, en el cual las palabras se sujetan, amoldan y ciñen á la idea con plasticidad sorprendente, ayudadas por una sintaxis que dimana de la razón, más que de las exigencias retóricas y descriptivas. Donde un genio alemán sienta el pie, su huella, como huella de ser sobrenatural, queda marcada indeleblemente. No habrá ningún poema que borre la memoria de *Fausto*; no aparecerá un lírico más grande que Enrique Heine; no ahondará ningún filósofo más que Kant; no aparecerá un moralista práctico que nos enseñe y nos guíe con más alta y desengañada experiencia que Schopenhauer. Y ya creo que puede afirmarse que ningún artista poseerá en mayor grado que Wagner el tecnicismo y la inspiración reunidos, y el sentido á la vez poético y profético que hace del artista la encarnación de los destinos de un pueblo, de una raza, de un conjunto humano.

Wagner no triunfó como Moltke, desde los primeros hechos de armas. Al contrario: la vieja leyenda, que ya parece resobada y poco verosímil, del genio desconocido, maltratado, despreciado, la realizó Wagner hasta tal punto, que en París, del teatro de *Variétés* le expulsaron alegando... que no sabía música. — Cuando ofreció á la *Grande Opera* de París su poema el *Buque fantasma*, se lo compraron en quinientas pesetas, sin más condición que una: que la partitura había de escribirla otro. «Y un año más tarde — dice Cátulo Mendes en su prólogo al libro *Ricardo Wagner*, — el *Buque fantasma*, firmado por cierto autor dramático que no nombraré, porque ya ha muerto, y puesto en música por un compositor á quien es ocioso nombrar, porque nunca ha existido, se representaba en la Real Academia de Música. Asistía á esta representación Ricardo Wagner, y para pagar su asiento había tenido que vender su perro á un viajero inglés con quien casualmente tropezó en una estación de ferrocarril.» París, que desconoció á Wagner obscuro, rechazó, negó, quiso cerrar el ca-

mino á Wagner glorioso ya; pero fué tan inútil como todo lo que se dirige al mismo fin, de pretender apagar astros. Soplaréis la bujía, extinguiréis el foco eléctrico aislando los hilos; con agua sofocaréis el fuego del horno..., pero á la inaccesible estrella no alcanza el soplo de nuestro aliento, ni el aire de fuelle manejado por manos envidiosas y coléricas. Wagner forma parte de la Vía láctea.

\* \*

Por eso no había que asustarse cuando *Brunhilda* y *Wotan* cayeron tan poco en gracia á los madrileños. En los conciertos ya Wagner reina y pone su silla; llegará á imperar en el Real también. La compañía de Bayreuth y la tetralogía obtendrán primero un éxito de curiosidad y acaso de ese *snobismo* inofensivo que se expresa por medio de la conocida fórmula «¿Adónde vas, Vicente? Adonde va la gente?» y sin embargo, la gran belleza wagneriana dejará residuos y memorias en el oído, en la fantasía, en el sistema nervioso de un pueblo menos ineducable que mal educado, artísticamente hablando; y poco á poco se familiarizará con los personajes de la leyenda renana, como se ha familiarizado con el Caballero del Cisne y la maga Ortruda.

Traer á Madrid la obra titánica de Wagner, no se figurarán muchos que tiene que ver gran cosa con esa regeneración de que tanto nos hablan; pues desengañense: la belleza es un regenerador poderoso. Algunos profesamos como dogma que todo lo bello es necesariamente bueno. Y los pueblos en que se ha cultivado la sacrosanta belleza, no han sido por cierto ni los menos heroicos ni los de menos gloriosos destinos. Malo es que nos oprima y chupe la sangre el caciquismo, detestable que nuestra admistración sea un tejido de corruptelas y de rutinas, cruel que todo se encuentre en este grado de decadencia y de inferioridad, de podredumbre y de anemia profunda; conviene que mejore nuestra situación material, que se atienda á la realidad, la cual se venga siempre de los que de ella prescinden; pero el ideal del arte ejerce esa fuerza sutil y misteriosa de los filtros; es una corriente de electricidad excitadora, que reanima el organismo comunicándose á sus centros y determinando las acciones y reacciones vitales. El arte es más necesario que el pan; el pan solo, seco, desabrido, ni gusta ni aprovecha. Venga esa gran corriente de poesía del Norte á inundar nuestras almas agostadas por la desconfianza y el dolor.

\* \*

Asistir estos días á las sesiones del Parlamento, es como presenciar una consulta entre doctores, á dos pasos de la cabecera de un enfermo grave. No se oyen más que apreciaciones de carácter sanitario, médico ó higiénico; en el debate abundan las palabras que antes sólo resonarían en las clínicas y en los consultorios. Durante la sesión de anteayer he contado más de cincuenta *depuraciones* y las *regeneraciones* no bajarían de sesenta y tres.

¡Depurar, regenerar! Son los verbos de moda actualmente. La matrona rolliza que antes solía representar á España, debe en buena ley ser reemplazada por una figura enteca, escrofulosa, llena de tumores y de costurones — que bebe la *Emulsión Scott* — mientras el león, comido de miseria, según lo pintó Víctor Hugo, calienta á un rayo de sol sus pelados miembros y se mosquea con la flácida cola.

Lo curioso es que, hallándose todos conformes en la existencia de la enfermedad, cuando llega el caso de circunscribir y determinar sus síntomas, no hay medio de hacerlo: cada parte del organismo español se declara sana, fuerte, limpia, inmejorable. Si un diputado como Sol y Ortega, ejerciendo de *enfant terrible*, quiere tirar de la manta, ¡santo cielo!, hay que oír los gritos primero, las sarcásticas risitas después. España necesita depurativos, corriente; se depurará (¿cómo?, ¿cuándo?, ¿dónde?, preguntan los indiscretos, persuadidos de que no hay efecto sin causa, y de que si hace falta depurativo, existe impureza). Se depurará... bebiendo zarzaparrilla, un calmante, que nos refresque, porque estamos en primavera y no convienen fogosidades ni arrebatos. Enfriados con la zarzaparrilla, se repartirán á los españoles patriotas abanicos japoneses, y se les recomendarán, para los meses de julio y agosto, baños templados (los de mar son tónicos en demasía) y tomar el aire á la puerta de casa. Y si así no quedamos depurados y limpios, será que tenemos una sangre peor que la de Caín.

\* \*

Yo voy á las Cortes sin fe política de ninguna especie, sin esperanzas, sin ilusiones del orden prácti-

co, como se va á un espectáculo que deleita y enseña. Deleitan los oradores de primera tijera, grandes artistas en su género; enseñan hasta los malos oradores, en los cuales se ve menos rebosada la verdad, el cuadro efectivo de nuestra vida nacional, con sus enfermedades tal vez incurables, con sus deficiencias que sólo podrá remediar el tiempo, si se emplea bien. — La fisonomía moral de España la refleja íntegra y expresiva el espejo del Congreso. ¿Qué puede ser España? No lo preguntéis; mirad y la respuesta os saltará á los ojos. Repasad esas filas de cabezas que forman como una guirnalda de un moreno sucio sobre el rojo de los escaños y el negro de los trajes, de las levitas generalmente mal cortadas, peor llevadas, cepilladas con descuido. Estudiad la expresión de los rostros, y os dirán más que cien peroraciones. Estudiad hasta el acento, hasta el gesto, hasta el modo de dejar el sombrero debajo ó al lado; todo significa mucho; todo tiene su lenguaje. No descuidéis el banco azul, que también él revela infinitas cosas. Fijaos en el temblor de las manos, en la contracción de los labios, en lo forzado de la enervada sonrisa, en la palidez de las frentes; notad las actitudes estudiadamente confianzudas, que pretenden disimular inquietudes y recelos; observad si descubrís allí la suma de inteligencia y de enérgico deseo, de esa voluntad noble y pura que se escribe, á la larga, en la máscara viril del hombre de Estado, por medio de líneas imposibles de falsificar; mirad abriendo los ojos, prestad oído, porque hasta en el golpe de la mano sobre el tablero del pupitre encontraréis delatado cuanto en vano pretende ocultar detrás de sus gasas polvorientas y marchitas la retórica de oratoria parlamentaria.

Entretanto, algunas veces, cuando se levanta el gran guerrillero á quien yo, en mi nomenclatura caprichosa de novelista, llamo *Juan Martín el Empeñado*; cuando acaricia el aire la palabra torneada, elegantísima, pulcramente literaria, del que llamaré *Rivadeneira-Lemaître*; cuando en fin salta el aria de bravura, ó las filigranadas variaciones, ó el *allegro vivace*, ó el recitado donosísimo, el aficionado al arte que se oculta bajo la corteza del patriota aprovecha la ocasión feliz y se recrea en el espectáculo, que por ser bello es bueno, según antes decíamos. — Y la experiencia que allí se atesora, aunque tenga sedimento de amargura, porque deja pocas ilusiones respecto al porvenir, también es fortificante. Lo peor es vivir entre engaños y mentiras. Las Cortes, para quien se ha habituado á la atenta observación, son, ¡parecerá increíble!, el *Palacio de la verdad*.

EMILIA PARDO BAZÁN

